

Augsburg) y formasen ligas poderosas. — Libertada Viena de los turcos, el emperador, de vuelta en España, intentó dar un golpe decisivo á la piratería musulmana que infestaba el Mediterráneo occidental y destruir á su jefe principal, el célebre Barbarroja, y en una trabajosa campaña logró apoderarse de Túnez. — Empeñó en seguida nueva guerra con Francisco I; era la tercera (1536). Después de invadir los franceses el N. de Italia y los imperiales el E. de Francia, y de nuevo la Provenza, por intervención del papa se firmó una paz, que permitió á Carlos reunir una inmensa flota para acabar con el poder de Barbarroja, que desde Argel había restaurado todo su poder marítimo. Fué esta una expedición desastrosa; el mar y el viento fueron los terribles aliados del pirata musulmán; Carlos V, que demostró su grandeza de ánimo entonces, comenzó á suspirar por la soledad y el retiro á que lo inclinaban sus constantes accesos de melancolía hereditaria.

Mientras el emperador trataba de reconquistar por medios políticos á la Alemania disidente y buscaba remedios á las penurias increíbles de su tesoro, pues ni los nobles de Castilla consentían en pagar impuestos (tanto que con este motivo cesaron de ser convocados á Cortes), ni las minas que comenzaban á explotarse en América, ni la mina espléndida del comercio y la industria neerlandesa, bastaban á equilibrarlo, se encontró en la necesidad de hacer frente á Francisco I y á Soleyman, ya su ostensible aliado. Nueva invasión de Italia por los franceses y nueva incursión de los imperiales en Francia; paz firmada en Crespy (1544); nuevas promesas, proyectos de matrimonios y alianzas; todo efímero. Esta paz permitió á Carlos asumir una actitud resuelta contra los señores protestantes ligados en Smalkalda, á quienes venció completamente en Muhlberg (1543). Entretanto, por instancias suyas, se había reunido en Trento el concilio de reforma; mientras deliberaban los padres, publicó Carlos un programa religioso lleno de concesiones á los protestantes, y que se llamó el *interim* de Augsburgo. Mas los protestantes, contando con el auxilio del mejor general del emperador, Mauricio de Sajonia, tornaron á la lucha aliados con Francia, y en tanto que el nuevo rey francés, Enrique II, se apoderaba de las plazas fuertes de la Lorena, Mauricio dictó al emperador la paz humillante de Passau (1552), en la que reconoció como un poder público al protestantismo. — Siguió la lucha con Francia, y Carlos se estrelló ante los muros de Metz; después, fatigado, enfermo y triste, quiso asegurar la corona imperial para su hijo Felipe, que ya gobernaba á España; no lo logró; su hermano Fernando, hacía tiempo archiduque de Austria y rey de romanos, no quiso renunciar á su derecho; el emperador le dejó la administración del imperio, y como compensación, casó á Felipe con la hija de Enri-

que VIII y de la repudiada Catalina de Castilla, con María Tudor, católica fanática, que restableció la dominación del catolicismo en Inglaterra. — Poco después dejó á Felipe, que era ya rey de las dos Sicilias, el señorío de los Países Bajos, y en seguida la corona de España, en una gran ceremonia de abdicación celebrada en Bruselas en 1556. — «Me basta el nombre de Carlos, no soy nada más,» decía el emperador que fué á encerrarse en el monasterio de San Jerónimo de Yuste, en Extremadura. Allí siguió ocupándose en la política general, y compartiendo entre ésta, la oración y las meditaciones, una vida achacosa y triste; los desórdenes de la mesa, á que lo inclinó siempre su temperamento eminentemente sensual, precipitaron su fin (1558). Por poco el siglo más grande de la historia post-romana merece llamarse el siglo de Carlos V.

LA REFORMA O LA REVOLUCION RELIGIOSA.

(1418-1545.)

1. El Renacimiento y la revolución religiosa en Alemania. — 2. Lutero; su obra. — 3. La guerra social. La secularización; reveses y triunfo final de la Alemania protestante. — 4. Propagación de la Reforma.

1. *El Renacimiento y la revolución religiosa en Alemania.* — Ya sabemos que el clamor universal de Reforma que brotaba del seno de la cristiandad en el siglo XV, desoido por la Iglesia, produjo en Alemania, donde la autoridad estaba desmembrada y era casi nula, donde la Iglesia era más rica, es decir, donde los abusos habían sido mayores, por lo que hacía largo tiempo aquella sociedad incubaba el odio más apasionado contra el clero (Janssen), un movimiento intenso que declinó en un Cisma. ¿Este movimiento estaba ligado al del Renacimiento ó no, ó le fué contrario? Un fenómeno tan complejo no puede reducirse, á riesgo de bastardearlo, á una fórmula simple. Sí; sin duda, la Reforma es hija del Renacimiento; el flamante historiador católico de la Reforma en Alemania, Monseñor Janssen, ha demostrado, en primer lugar, cuán lejos estaba la Edad Media alemana de ser la época de tinieblas y superstición en que los reformistas hicieron la luz, según la historia retórica ha afirmado hasta hoy. Cierto; el estado social, en que dominaban el gremio, el régimen patriarcal, el respeto á la religión, presentaba un aspecto más tranquilo que el actual, en que la sociedad pulverizada en individuos ofrece menor resistencia á la tiranía del Estado ó del capital: cierto; el arte, el comercio, el bienestar, reconciliaban al hombre con la vida y con la autoridad tutelar de la Iglesia; las escuelas—bajo el régimen del látigo, es verdad—abundaban,

y bajo los auspicios eclesiásticos se habían fundado magníficas universidades en donde la ciencia, las letras, la filosofía y la teología se derramaban á manos llenas. Por las universidades, ya lo dijimos, se infiltró el *humanismo* en Alemania, y desde luego se marcaron dos corrientes: la de los que consideraron la ciencia nueva como un agente providencial para dar nuevo vigor á la fe cristiana, y á éstos pertenece Nicolás de Cusa, ese gigante intelectual del ocaso de la Edad Media, que difundió el amor á las letras antiguas y fué el precursor de Copernik; y la de los que consideraron al humanismo como un instrumento para desembarazar á la razón humana de las bandillas fúnebres en que la envolvía la Iglesia; tales fueron los preparadores de la Reforma.—Erasmus, el gigante intelectual de la aurora de la Edad Moderna, de carácter vacilante y despreciable en suma, pero de espíritu vastísimo que, desligado de todos los antiguos vínculos, gobierna, ya lo dijimos, el sacudimiento mental que fué la Reforma; Erasmo anunció el ideal del mundo nuevo: *es preciso, decía, para llegar á la paz en cuestiones religiosas, permitir á cada cual tener un criterio personal y libre*; su *Elogio de la locura* es el prólogo de la gran tragedia del siglo XVI (J.), es la crítica más completa de la sociedad y la Iglesia católicas. Creía en la inspiración divina de la Biblia, pero encontraba en los autores paganos pensamientos tan puros y tan santos, que sentía impulsos de exclamar: San Sócrates, ruega por nosotros.— Los humanistas, *los poetas*, como se les llamaba entonces, que profesaban *la religión del genio* inaugurada por Erasmo, se distinguían en varios centros universitarios, sobre todo en Erfurt, por sus imitaciones de los clásicos, algunas muy obscenas, y por su odio más ó menos disimulado á la autoridad de la Iglesia y al cristianismo á veces, eran neo-paganos: Jesucristo, decía uno de ellos, es la sabiduría del Padre; su religión no ha comenzado con la Encarnación, sino con los siglos; por *el redentor* es preciso entender la justicia, la paz, la alegría; este es el Cristo bajado del cielo.— Un eminente hebraísta, Reuchlin, publicó un libro místico y teosófico que suscitó grandes polémicas; todos los humanistas se pusieron del lado del profesor perseguido, y los dominicos y al fin, Roma, en contra. Esta querrela dividió en dos campos el mundo intelectual en Alemania, y las fuerzas de la futura lucha pudieron contarse. Los humanistas tenían por aliados á los señores eclesiásticos; sus espléndidas cortes, donde no se hablaba más que de arte y de placer, eran trasuntos de la corte pontificia, en la que legiones de neo-paganos tributaban culto perpetuo á la musa antigua, presididos por los Nicolases, los Julios y los Leones. Uno de estos humanistas, protegidos por Alberto de Brandeburgo (arzobispo de Maguncia y que aspiraba á ser el León X de los germanos), era el poeta caballero y aventurero Ulrich de Hutten, uno de

los hombres más singulares de su tiempo por su inteligencia, sus pasiones y sus desgracias; él fué el lazo de unión entre Erasmo y Lutero, entre el Renacimiento y la Reforma.

2. *Lutero: su obra.*— Martín Lutero (nacido en 1483) era un hombre de un temperamento extraordinario; inclinado á todo exceso moral, intelectual y sensual, y dotado de grande y penetrante é inquieta inteligencia, de una elocuencia soberana y de tal pasión por la música, que llegó á renovarla profundamente, como renovó la lengua alemana; en un arrebato de desesperación se hizo *monje agustino*. Su sayal fué para él la túnica de Neso de la duda, de las luchas íntimas de la conciencia, y, enfermo de la enfermedad mental del escrúpulo, adoraba á Cristo y lo aborrecía á un tiempo, y su vida austera y pura estaba sujeta á paroxismos y desenfrenos intelectuales que le hacían tocar los peldaños de la locura. San Agustín y San Pablo, sus maestros favoritos, le enseñaron, por fin, una doctrina que llevó la paz á su conciencia y lo transformó; esta doctrina consistió en la negación del libre albedrío, en la nulificación de las obras, como agentes de salvación, y en la exaltación de la fe como el instrumento supremo de la redención: las obras buenas y los pecados, nada son para el Cristo, porque la acción del hombre está sujeta á leyes fatales; no hay libertad; sólo la fe salva, tal es el resumen de su filosofía.

Precisamente mientras Lutero concebía esta doctrina contraria á la enseñanza de la Iglesia (y por cierto á la creencia en la eficacia de las buenas obras debía la sociedad católica los millares de iglesias, de monasterios, de hospitales y orfanatorios establecidos por la caridad individual), una alianza completamente financiera y vergonzosa entre León, cuyos recursos estaban agotados por el esplendor de la corte y la construcción de San Pedro, y Alberto de Maguncia, siempre ávido de dinero, fué causa de una descarada explotación de Alemania por medio de la venta de *las indulgencias*, cuyo producto debía ingresar en las cajas de los célebres banqueros Fugger, que habían negociado un empréstito con los dos príncipes de la Iglesia; al frente de esta operación de religión y agio se puso el dominico Tetzl.—Verdad es que la Iglesia siempre había sostenido que la remisión de las penas temporales en esta vida y en la otra (no de las eternas) podía obtenerse, con tal que hubiese confesión, por medio de las indulgencias, de que disponía el Pontífice, puesto que Jesucristo había dejado en la Iglesia depositados sus méritos infinitos. Pero ni los mercaderes de indulgencias, ni el pueblo lo entendía así, porque aquéllos decían y éste creía que compraba con dinero el perdón por decenas, centenas ó millares de años (la tarifa variaba) y hasta la licencia de pecar.—El escándalo fué inmenso; un sordo murmullo se levantaba en las conciencias; los frailes y

el papa eran rudamente atacados en folletos vehementísimos que circulaban por donde quiera, y el profesor y predicador de Witemberg, Martín Lutero, cuya doctrina era por esencia opuesta á aquella en que se fundaba el poder de conceder indulgencias, fijó un día en las puertas de una Iglesia ochenta proposiciones contrarias á la enseñanza eclesiástica: la turbación fué general en los ánimos; los humanistas atizaron el fuego; la polémica contra Tetzel fué preludio de la lucha con la teología reinante y con el papa, al fin, que excomulgó al monje, el cual negó la autoridad del papa, quemó sus decretos y proclamó el cisma (1520). El desbordamiento y el frenesí de las pasiones no tuvieron límites: el papa fué para los rebelados el anti-cristo; Roma, que Lutero había visitado, fué la Babilonia apocalíptica, la Sinagoga de Satanás; la Iglesia era la comunión de las almas, todo hombre era sacerdote; la regla de la fe, la Biblia. Lutero de este modo ligaba su apostolado revolucionario al del gran apóstol techeque Juan Huss.

Se puede asegurar que el primer movimiento de Alemania fué profundamente simpático á la Reforma; muchos dignatarios eclesiásticos esperaban ver surgir de ella la formación de una Iglesia nacional independiente de Roma, tendencia general desde la época del Cisma de Occidente; además, los príncipes alemanes vieron en la revolución religiosa un medio de apoderarse de los bienes eclesiásticos.—Carlos V, por educación y por origen profundamente católico, era, sin embargo, partidario decidido de una *reforma* en la Iglesia, pero sin herejías, que abominaba. Cuando llegó á Alemania reunió la *dieta* ó asamblea imperial en Worms y permitió á Lutero asistir á ella (1521). Lutero no se retractó y, para preservarlo de la muerte, el elector Juan Federico lo guardó en el castillo de Wartburg, desde donde continuó su propaganda, expensando un caudal gigantesco de talento, de elocuencia, de ira y de soberbia. Entonces tradujo la Biblia, que se hizo popular; su lectura fué el pan de cada día de la familia germánica pura, y formuló sus doctrinas definitivas. Por estas doctrinas que negaban la libertad y condenaban el esplendor de la Iglesia, el Renacimiento y la Reforma entraron en contradicción plena; si las iglesias reformadas aborrecían la religión romana, era porque se había identificado con el paganismo. Entonces, también, los discípulos de Lutero pasaron de la teoría á la práctica y comenzó el despojo de las iglesias; Bucer, Carlostadt, dieron la señal de las sublevaciones y de la destrucción de los altares; pronto la Alemania católica no iba á ser más que un inmenso hacinamiento de ruinas, contra el propósito del reformador.

3. *La guerra social; la secularización; reveses y triunfo final de la Alemania protestante.*—La predicación de Juan Huss tenía, como toda predica-

ción cristiana pura y exclusiva, trascendencias socialistas; para el predicador bohemio ningún hombre en pecado podía ser legítimamente propietario; ni lo eran las iglesias, porque lo que tenían era el patrimonio de los pobres; de donde el pueblo en rebelión infirió que podía apoderarse de lo que era suyo, y así se explican los tremendos saqueos y pillajes y las ruinas amontonadas por los furiosos soldados de Juan Zicka, el heroe bohemio. Las bandas husitas encontraron empleo en las guerras alemanas durante la segunda mitad del siglo XV, y por doquiera propagaron sus doctrinas. Pronto los campesinos formaron, á imitación de los nobles, asociaciones ó ligas militares, que frecuentemente tenían por enseña el tosco zapato de los labriegos; por eso se llamaban ligas del zapato, *bundschuh*; desde 1486 comenzaron las insurrecciones, lo cual prueba que la predicación luterana *no fué la causa* de la conflagración formidable en 1525; pero sí fué la ocasión.

La transformación social, efecto de la inmensa revolución mercantil causada por los descubrimientos, había producido exceso de lujo y de facilidades de placer en unas clases, y odio y apetito desenfrenado en otras; la nobleza, apoyada, en el derecho romano, había acabado con la propiedad comunal; las grandes compañías comerciales avasallaban á la población industrial y agrícola, y la oprimían sin piedad ejerciendo los más brutales monopolios de los artículos de primera necesidad, sistemáticamente falsificados, y la usura más inicua. Y si se considera que en medio del estado de ánimo social que estos males causaban, la predicación del evangelio luterano demostraba el origen, según él abominable, de la riqueza eclesiástica, se comprenderá que Alemania fuese como una aglomeración de combustible de los Alpes al Báltico y que la palabra reformista tenía que ser la chispa.—La *bundschuh* de Suabia comenzó la lucha; los campesinos publicaron su programa exigiendo la disminución de tributos, la vuelta á la propiedad comunal de los pastales, la justicia igual para todos, etc.; Lutero, al mismo tiempo que apoyó ante los príncipes las reclamaciones populares, condenó las violencias de las bandas armadas. Entonces comenzó en Suabia y los países del Rhin, y luego abrasó la Alemania entera, el incendio social; no hubo crimen que los foragidos no cometieran, ni iglesia ó convento que perdonaran; los maravillosos monumentos del arte cristiano alemán casi desaparecieron en aquel sangriento naufragio. (v. Janssen). Lutero entonces predicó la destrucción de los rebeldes y pidió que los campesinos fuesen tratados como fieras. Los señores, recobrados de su primer estupor, organizaron la represión, que fué tan salvaje como la revuelta; en alguna de esas terribles batallas, los campesinos en derredor de Tomás Munzer, uno de sus apóstoles, se dejaron cañonear cantando los salmos. Aquellas fueron las bodas

rojas de Alemania y la Reforma. Lutero y el más serio é inteligente de sus discípulos, Melancton, comenzaron desde entonces á privar al protestantismo de todo carácter político, proclamando el derecho divino del absolutismo laico. — Varias ciudades imperiales como Nuremberg, Francfort, Hamburgo; y príncipes como Juan Federico, elector de Sajonia, á quien Carlos V debía la corona imperial; Felipe de Hesse, Alberto de Brandeburg, gran maestro del orden teutónico, y provincias enteras como Mecklemburg, Pomerania, Livonia, habían aceptado un *credo* (la confesión de Augsburg) redactado por Melancton, y se llamaban *protestantes* porque los jefes del partido habían *protestado* en Spira (1529) contra las resoluciones de la Dieta.

En los años siguientes, el imperio aparece dividido en dos *ligas* principales: *la católica*, cuyo centro es Augsburg, y *la protestante* constituida en Smalkald, y en la que, en odio á Carlos V, llegó á tomar parte Francisco I. Los desórdenes de *los anabaptistas*, secta que había surgido de la guerra social y cuyos caudillos se apoderaron de la diócesis de Munster (en donde llevaban una existencia orgiástica, que es lo que ellos llamaban «el reinado de Dios,» cuyo monarca era un David resucitado, el profeta Juan de Leyde), afligían al Imperio por la facilidad con que contagiaban á las poblaciones del Norte, mientras los turcos amenazaban el Sur. Todo ello salvó á los protestantes de la represión que ya había decidido Carlos V y que no tomó realmente cuerpo hasta que la paz de Crespy con Francisco I permitió al emperador convertir sus fuerzas contra los disidentes. Ya vimos antes cómo los venció en Muhlberg, y cómo sagaz político como era, publicó á seguida un programa de concesiones que se llamó el *interim* y que le valió un proceso que se le instruyó en Roma, por hereje, de orden del papa Paulo IV. Lutero había muerto ya (1546), no vió ni la derrota, ni el triunfo logrado después, gracias al cambio de Mauricio de Sajonia que obligó al emperador á reconocer al protestantismo como una potencia en el convenio de Passau. — Lutero es una de las más notables figuras de la historia humana; sus vicios, su sensualismo, su cólera que se desataba en infernales invectivas, ponen mucha sombra, pero no rebajan, en suma, su personalidad, encarnación genuina del germanismo cristiano, elocuente, humano, exaltado, servil y apasionado de la música y de la Biblia. Fué uno de los más poderosos perturbadores de almas que hubo jamás.

4. *Propagación de la Reforma.*—La Reforma se propagó en Europa casi desde su nacimiento; en los países latinos fué siempre una planta exótica; así, en Francia, llegó á hacer prosélitos la idea nueva desde los tiempos de Lutero, y Francisco I, el rey del erotismo y del desorden, se dió el placer (lo que es dudoso que hiciese nunca Felipe II) de ver quemar herejes. El martirio

ne dejó de alimentar la savia reformista; pero fué después, bajo la influencia de Calvino, cuando llegó á constituirse un grupo protestante de consideración (*los hugonotes*) que siempre fué, sin embargo, una pequeña minoría en la nación.—En España, en Italia, puede decirse que la Reforma apenas tuvo representantes, y entre ellos sólo una que otra personalidad fué saliente, como Valdés, que ejerció su apostolado en Italia y que era ciertamente notabilísimo. Ni podía ser de otro modo; la índole española, informada sobre ocho siglos de cruzada, que habían unimismado la religión católica y la patria, era refractaria á una doctrina fundada en la libre interpretación individual de la palabra revelada y en la negación del libre albedrío, y en un culto sin historia, sin sacerdocio, sin arte. El protestantismo jamás pudo ser en España mas que un accidente inapreciable, y esto es lo que da un carácter espantosamente siniestro al sofisma que pretende excusar los errores seculares de la Inquisición española, con la afirmación de que ellos libertaron á España de la escisión religiosa; jamás corrió tal peligro, la unidad religiosa habría subsistido en España sin *la inquisición, que fué, en suma, una institución que puso el terror religioso al servicio del absolutismo*. No; la Reforma era una planta germánica, por eso donde se aclimató, vivaz y fecunda, fué en las comarcas septentrionales, en las vertientes del mar del Norte y el Báltico.

La Reforma en Suiza.—En Suiza puede decirse que la Reforma nació al mismo tiempo que en Alemania; Ulrik Zwingli, cura de Zurich, poeta y músico, lleno de ardor religioso y de bravura, discípulo de Erasmo, hizo de su curato, que ocupaba tan importante puesto en los cantones, un centro de activa propaganda; coincidió con Lutero en algunas doctrinas, en otras fué más allá. Negaba la presencia real de Cristo en el pan eucarístico, sobre lo que Lutero no fué explícito, y atacó, en nombre del Evangelio, la misa, la confesión, el purgatorio, el celibato de los clérigos, etc. Las diferencias religiosas entre los cantones acarrearón la disolución de la liga helvética y finalmente la guerra. Zwingli, que era también un soldado, tomó parte activa en ella; en la batalla decisiva de Coppel, los jefes católicos decían á sus soldados: «en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de la Santa Virgen María, fuego;» y los reformados: «Dios está con nosotros: fuego,» frases que caracterizan bien la época. Los de Zurich perdieron la batalla y Zwingli la vida (1531) y la Reforma pasó por un período de depresión.

La Reforma en Escandinavia.—En los Estados escandinavos la revolución fué rápida; Suecia, Dinamarca y Noruega formaban un solo reino desde *la Unión de Kalmar*. Cristián II reinaba en Kjobenhavn (Kopenhague) y en Stockolm al estallar la revolución luterana; deseoso de apoderarse del di-

nero de las indulgencias y de someter la Iglesia á la potestad civil (y quien decía Iglesia decía nobleza, porque el alto clero era forzosamente noble), introdujo á los misioneros luteranos, sostenido por la burguesía y por el pueblo fatigado profundamente de la oligarquía eclesiástica que pesaba sobre el país. A consecuencia de los sucesos de Suecia, Cristián fué depuesto, y la nobleza y el clero se fijaron en un luterano, Federico de Holstein, á quien dieron la corona con la condición de que protegiese el catolicismo; Federico lo que hizo fué dejar en libertad la predicación reformista, y cuando la nobleza, ávida de tomar parte en la distribución de los bienes eclesiásticos, se hizo luterana, pronto el catolicismo desapareció para siempre y fundamentalmente de Dinamarca; la dieta de Copenhague (1536) declaró única religión del Estado la que tenía por *credo* la confesión de Augsburg. — Entretanto en Suecia, en donde el clero bajo era casi ajeno á las costumbres canónicas y los obispos eran señores feudales, la revolución había sido más dramática; Cristián II, luterano en Dinamarca, se convirtió en agente del poder pontifical en su otro reino, y para vengar al arzobispo de Upsal, primado de Suecia, depuesto por los senadores, y dar un golpe de muerte á la nobleza, hizo degollar á sus jefes en un festín á que los había invitado; *el baño de sangre de Stockolm* horroizó á la cristiandad, y mientras el papa absolvía al asesino, el hijo de una de las víctimas, Gustavo Wasa, daba la señal de la rebelión, arrojaba á Cristián y separaba para siempre á su patria de Dinamarca y de Roma; Gustavo obligó á los Estados reunidos en la dieta de Westeras (1527) á escoger entre el catolicismo y él; con pocas excepciones, el clero todo se pasó á la religión reformada, Gustavo fué el jefe de la Iglesia, y las riquezas de ésta sirvieron para aliviar los impuestos que pesaban sobre los pobres y atender á la defensa nacional. Cuando Wasa murió, el protestantismo era una de las instituciones patrias en Suecia; continúa siéndolo.

La revolución reformista inglesa.—En Inglaterra la Reforma tomó un carácter especial; no fué en la admisión de las doctrinas luteranas ó de algún otro innovador en lo que consistió; fué en la constitución pura y simple de una Iglesia nacional y en la identificación de la Iglesia y el Estado bajo la jefatura suprema del monarca; fué la consumación de la obra de despotismo de los Tudors, y ya vimos anteriormente que la causa determinante de esta escisión fué la resistencia de la Corte de Roma á pronunciar el divorcio del concupiscente y feroz Enrique VIII y de la infortunada Catalina de Aragón.

La Iglesia en Inglaterra tenía una organización *sui géneris*; cada parroquia era independiente en lo temporal y el señor rural (*landlord*) escogía al cura; estas parroquias estaban sólo espiritualmente ligadas con el jefe de la

diócesi, y esta autonomía dió tal vigor al poder eclesiástico, que la Iglesia, puede decirse, avasalló á la monarquía y á la nobleza, y fué el agente primordial de la unidad nacional inglesa. Los tributos eclesiásticos estaban garantidos por la ley lo mismo que los que se debían á la corona; los barones eclesiásticos formaban parte del Consejo real, los clérigos monopolizaban la instrucción, administraban justicia, regían el estado civil, y la religión era el elemento esencial de la vida de la sociedad, más quizás que en los otros pueblos medioevales. La Carta Magna, después de las luchas entre la Iglesia y los reyes normandos, consagra esta situación. Pero precisamente por esta condición *la Iglesia fué considerada siempre como un servicio público de primera importancia*, y como los intereses de la nación y los de Roma, ó fueron contrapuestos ó distintos, la Iglesia se encontró obligada á seguir, á riesgo de desmembrar el poder público, la marcha nacional; de aquí la tendencia á formar una Iglesia independiente. Así es que cuando Enrique VIII dió forma legal á esa tendencia, no encontró sino débil resistencia en el clero, que se aprovechó de los bienes quitados á los conventos, y la reforma resultó solamente un cambio en la administración de la Iglesia; los obispados y las parroquias permanecieron intactas y *el rey hacía quemar á los luteranos*.

Enrique VIII reemplazó al Papa, y la Iglesia nacional ó anglicana tuvo por jefes al monarca y al Parlamento y ya no fué un poder distinto; después el rey tuvo, como jefe nato de su Iglesia, el poder de reprimir abusos, castigar herejes y corregir errores; de aquí á fijar los dogmas no había más que un paso. En la primera mitad del siglo XVI se franqueó este paso y se publicaron varios símbolos de la fe anglicana con el título de *artículos de fe* y de *libros de oraciones*. Como en todo sistema de religión de Estado, la intolerancia fué la regla y se persiguió á los reformistas discípulos de Lutero, luego á los de Calvino, que no estaban conformes ni con los libros ni con los artículos de fe publicados por el Parlamento y más á los católicos; todos eran *inconformes* (non-conformists). Ya veremos después el papel que representaron los disidentes en la historia inglesa; fué decisivo.

El agente principal de la obra reformista fué Tomás Cromwell, un hombre inteligentísimo, verdadero político á la italiana, de la escuela de los Médicis ó los Borgias. Antes que él los humanistas, á cuyo frente estaba el sabio y piadoso More, se esforzaron en buscar una conciliación entre el catolicismo y los actos conyugales consumados por el rey; la tentativa era imposible y cayeron; Cromwell se encargó de la situación y, gracias á su habilidad y á su audacia, la ruptura entre la Iglesia católica y la nacional quedó consumada; mas no consistió sólo en eso su obra, sino en consumir también la concentra-

ción de toda autoridad en manos del rey—papa, que por la *Declaración de supremacía* (1534) quedó revestido de la autoridad absoluta en lo civil como en lo eclesiástico; Cromwell era su vicario general. Pronto, cuando el clero estuvo á sus pies, y las iglesias resonaban con la apoteosis de la supremacía real hecha en el púlpito, el vicario hizo una selección de dogmas y la publicó; sólo se admitieron en ella la Biblia y los *tres credos* como regla de fe; se redujeron á tres los sacramentos (Bautismo, Penitencia y Eucaristía); se condenaron el Purgatorio, las Indulgencias, etc.; el arzobispo Cranmer, agente servil de toda esta transformación, recibió la Biblia inglesa de manos del rey.— A esto siguió un régimen de persecución y terror que duró diez años; Inglaterra se erizó de cadalzos; las rebeliones de la nobleza y de las clases rurales, apegadísimas á la antigua fe, fueron ahogadas en sangre, y el hacha del verdugo cercenó la noble cabeza de More; el Parlamento sólo daba leyes de excepción (*bills of attainder*) y las libertades inglesas estaban á los pies del rey, que instigado por Cromwell, creaba una nueva nobleza, enriquecida con los despojos de la Iglesia, la que hoy todavía forma la parte principal de la aristocracia inglesa (Hallam). Naturalmente los protestantes, al principio furiosamente perseguidos, acabaron por identificarse con aquel movimiento.— Entretanto, Ana de Boleyn, que merece poco las simpatías de la historia, había muerto en el cadalzo; su sucesora, Juana Seymour, al dar á luz al que fué Eduardo VI. Ana de Cleves (fea princesa alemana que Cromwell encontró para iniciar una alianza entre los príncipes protestantes alemanes, Francia é Inglaterra contra Carlos V, lo que habría hecho luterana á la Alemania entera), fué llamada al tálamo del sátiro coronado; la repugnancia de éste trajo la caída y la muerte del primer ministro, cuya depravación política no le priva de ser un personaje muy interesante en los anales ingleses, todo superado por su homónimo el gran Cromwell del siglo XVII. Los nuevos ministros moderados hicieron casar al rey con Catalina Howard, una licenciada que murió á manos del verdugo; Enrique, casado de nuevo con Catarina Parr, murió al fin en 1547. Su nombre está ligado con el apogeo del absolutismo de los Tudors y con la constitución de la Iglesia anglicana.

LA CONTRA-REVOLUCION.

LAS GUERRAS DE RELIGION.—FELIPE II.

(SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI.)

1. La Compañía de Jesús.—2. Los Concilios de Trento.—3. Calvino; su doctrina; la teocracia cantonal de Ginebra.—4. Felipe II y María Tudor; organización del absolutismo español; la Inquisición; hegemonía católica del rey de España.—5. Emancipación de las Provincias Unidas.—6. Isabel de Inglaterra.—7. Los Valois y las guerras de Religión.—8. Enrique de Borbón, rey de Francia.—9. Decadencia de la monarquía española.

1. *La compañía de Jesús.*—La Iglesia ha encontrado siempre el secreto de renovar su vitalidad en las ordenes monásticas, porque, al nacer, presentan á los pueblos modelos de vida cristiana pura y vigorosa; entonces la palabra de los predicadores va revestida del prestigio soberano del ejemplo. Esto había sucedido en el siglo VI con los benedictinos; en el XI, con las ordenes cluniacenses; en el XIII, con las mendicantes; esto sucedió en el siglo XVI, en la crisis más temerosa que la Iglesia ha sufrido, con la Compañía de Jesús.—El anhelo por crear en la Iglesia eminentemente mundana del Renacimiento, núcleos de reforma moral, había dado origen á los *teatinos*, especie de orden aristocrática en que se debía vivir de limosna sin pedirla; á los *capuchinos*, rama nueva de la religión franciscana, y más tarde á la congregación del *Oratorio*, fundada por Felipe Neri; pero ninguna estaba destinada á la inmensa celebridad de la sociedad imaginada por Ignacio de Loyola. Era éste, por los años de 1521, un caballero español, llamado D. Iñigo López de Recalde, que después de un azarosa vida militar encontraba alimento propio para su imaginación exaltada y su espíritu aventurero, en la lectura de los libros caballerescos y en las biografías, con frecuencia heroicas, de los santos, mientras curaba de una herida en su casa solariega de Loyola, en Guipúzcoa. De ahí salió resuelto á acometer una gran empresa, como verdadero español del siglo XVI, y á que ésta redundase en honra y gloria de Dios: renovar las cruzadas por medios puramente sacerdotales ¡qué obra podía ser más meritoria y más difícil! Para que su empresa fuese más hacedera, rehizo con voluntad inflexible su educación, y abandonó los excesos de la vida ascética, que creía nocivos; después, molestado con frecuencia por la Inquisición, marchó á París, ahí atrajo á sus ideas á varios de sus coterráneos (Lainez, Francisco Javier, Salmerón); hicieron todos *votos de pobreza y castidad*, y unidos á otros her-